

DE ACTUALIDAD

Santiago, elemento



Sigue hablándose de depurar responsabilidades por el desastre del día de Santiago Matamoros. Pero responsabilidades, ¿de qué? y ¿a quién? ¿Como no sea a Santiago, patrón de España...! Que es algo así como un elemento, un caso fortuito, un meteoro bélico.

¡Los elementos! Cuéntase que cuando Felipe II de Habsburgo, el llamado el Prudente, se enteró de la derrota de la Armada Invencible—invencible antes de pelear—exclamó: «¡no la envíe a pelear contra los elementos!» Y era Felipe II, rey asentado y sesudo y no un botarate ni un «aficionado» deportivo a la grave ciencia del Estado. Porque Felipe II era un rey absoluto, pero con toda la responsabilidad de tal. Luego se inventó lo de rey neto, y el neto fué Fernando VII (sin pico).

Pero dejémonos de historias viejas y amojamadas y vengamos a la historia que rezuma pus y sangraza.

Se acuerda el lector de aquella pequeña algarada, más o menos deportiva y de aficionados, que se armó en Tánger no hace mucho con achaque de no sabemos qué de una almadraba? Con ello volvió a sacarse eso del protectorado español sobre Tánger, que pudo haberse planteado mejor hace cinco o seis años, cuando la gran guerra de las naciones. Pero entonces el Reino abrigaba otras esperanzas y los accionistas del patriotismo consideraban la abstención de toda obra en Marruecos como un deber de la famosa neutralidad a todo trance y costa. Si entonces se hubiera llegado a hablar de la acción que se trata de emprender ahora, no habría faltado quien hubiese dicho que era hacer el caso gordo a los aliados contra los Imperios centrales permitiéndoles disponer de fuerzas que tenían en África distraídas. No, el protectorado sobre Tánger había de recibirlo el Reino de España de otras manos y por otros medios.

A la pequeña algarada incruenta y deportiva de la almadraba se siguió un cierto viaje de diplomacia también deportiva, de aficionado, y fué un viaje a

unas almadrabas también. ¡Incautos pececillos juguetones! Aunque de agua, hay peces que se ponen a jugar con fuego. O a jugar con tiburones. ¿Y qué va a hacer un boquerón, v. gr., si se mete a jugar con un par de tiburones? Es como jugar con los elementos. La pasión del juego tiene quiebras.

De la jornada del día de Santiago Matamoros, emprendida acaso para conquistar el protectorado de Tánger, que no se logró con diplomacia deportiva y boqueronesca, como no se había logrado antes con neutralidad a todo trance y costa, más vale no hablar hasta que se haga más luz pública y se sepa, a la vez, el papel—mojado—que en el Reino de España hacen los Gabinetes—reservados—que deberían llevar la gobernación toda. ¿Ya se romperá esa reserva, y quizás en el Reino mismo a que tapuja.

Volvámonos a la vieja historia.

Felipe II de Habsburgo, rey de España, llamado el Prudente, era todo menos un botarate ni un mero aficionado al arte del gobierno. Era, a su modo, un pez gordo, una especie de tiburón, pero tiburón... de tierra. Y sin saber gobernar ni un balandro—lo que maldita la falta que le hacía, por otra parte, para guiar la nave del Estado—se metió, desde El Escorial, a preparar una Armada que había de ser Invencible. ¡La Armada había de hacerse a la vela en 1587, pero no había ni armas, ni hombres, ni barcos! Luego llegó Drake y después... ¡el desastre! El pobre marqués de Santa Cruz murió de las congojas que le causó Felipe II con sus injustos reproches. ¡Y se trataba del Prudente! Del Prudente que jamás soltaba bravatas boqueronescas, como sería haber dicho, por ejemplo, que se pondría en París al frente de cuatro batallones de tercios.

«Los velos y la indisciplina dominaban a los nobles y funcionarios.»—escri-

bé un historiador—y Felipe se vió obligado a escoger a un majadero y un cobarde para mandar la flota, a causa de su alto rango. El fracaso era inevitable desde un principio, excepto en circunstancias totalmente favorables. Santa Cruz lo previó; Parma lo predijo y le rogó a Felipe que le dejase hacer las paces con Inglaterra, pero de verdad, convirtiendo en reales y efectivas las negociaciones que eran fingidas; hasta el miserable Medina Sidonia lo conoció e instó a Felipe, cuando la flota fué arrojada por la tormenta a La Coruña, que abandonara la expedición. Pero el Prudente Habsburgo... ¡Y era, dicen, prudente! Mas el deporte de la mojigatería y el fanatismo antiprotestante habsburgiano le cegó al hijo de Carlos V, emperador de Alemania. Y cuando llegó el fracaso providencial, el soberano escurialense le atribuyó... ¡a los elementos!

Pero de aquéllas, hoy, ante la conciencia humana histórica, no responden los elementos; responde la memoria de Felipe II. Ahora, si éste hubiera dicho lo que luego dijo el Sr. La Cierva: «¡de aquí a cien años todos calvos...!» Pero Felipe II era, a su modo, religioso y ni lo que hoy llamamos un fresco ni un botarate.

Queríamos, pues, en que Santiago Matamoros, patrón del Reino de España, en el día de su fiesta se convierte en elemento.

MIGUEL DE UNAMUNO

